desde sus primeros momentos, rehusó todo parentesco con el siglo de aquel Leon protector del mundo civilizado contra Atila; y con el siglo de ese otro Leon que, poniendo fin al mundo bárbaro, embelleció la sociedad, cuando ya no era necesario defenderla.»

Entre los estragos causados por la Reforma protestante, monstruo insaciable que tanta sangre y tantas lágrimas hizo derramar sobre la Europa, hubiera de contarse la ruina completa de las bellas artes, si las bellas artes fueran humanamente arruinables. Y sin embargo, ¡cosa digna de admiracion! aquella misma época de perturbaciones, de guerras, de odios y de crímenes; aquella época que, para Inglaterra y Alemania y otras naciones europeas agitadas por el mismo vértigo, será marcada con piedra negra en el camino de la historia; aquella época triste en que parece que el genio de la destruccion dominaba por todas partes y se hacia guerra á toda verdad, y á toda belleza, y se incendiaban los templos, y se destruian los altares, y se predicaba el exterminio de todo lo existente, aquella época es una de las mas esplendorosas para las artes españolas. No parece sino que las bellas artes, tímidas é inocentes, huyendo del fragor de las guerras y de la injusticia de los hombres, vinieron á refugiarse á esta nacion donde el cisma no pudo penetrar, donde la paz extendia

sus alas bienhechoras protegiendo el culto tranquilo y fecundo de la verdad y de la belleza.

A contar desde el siglo XVII hasta nuestros dias, las bellas artes han seguido la suerte de la paz de las naciones, de la paz de las conciencias y de la paz de los entendimientos. El reinado de los Felipes en España determina un período glorioso para las letras y las artes; la generacion presente saluda con reverencia los monumentos del genio, que, ya en libros, ya en cuadros, ya en moles de piedra le ha legado el siglo de oro; el siglo del engrandecimiento político y social, en que España ponia la ley á Europa é inclinaba tal vez la balanza en los destinos del mundo. Mas ¡ay! cuando han amanecido dias de trastorno y de horrores; cuando Dios ha permitido que las nociones de lo justo se subviertan y que la verdad sufra dolores sin cuento en manos de los hombres, al punto la belleza ha palidecido y las artes han caido en desmayo.

Las artes solamente llegan á su mayor grado de lozanía y vigor cuando son fecundadas por aquel rio de paz y aquel torrente de gloria que Dios prometió á su pueblo por boca del profeta Isaías.

ta como un desgraciado á quien devora la fiebre: ¿y creeis, novelistas despiadados, que la medicina de que ha menester la sociedad se halla en vuestros libros, mas calenturientos todavía que la mano misma del enfermo?

La sociedad se agita, está febril; en su delirio parece que solamente dos deseos oprimen su corazon cada vez mas palpitante y su cabeza cada vez mas insegura: hojear libros y acortar distancias, ó como si dijéramos, identificarse por el espíritu é identificarse por la materia: para este segundo objeto construye ferrocarriles y enlaza con alambres eléctricos los pueblos, las provincias, los reinos y aun los hemisferios, y en esto acierta: para lograr el primer objeto busca en las actuales novelas y obras de invencion el secreto de la humanidad, y se equivoca. El secreto de la humanidad no puede encontrarse en sueños inverosímiles, en maravillas falsificadas, en lecciones de utilitarismo, en ardorosas apoteosis del vicio, en apologías del libertinaje, no: lo que la humanidad ha menester hoy, no son escuelas donde se enseñe á vacilar, á dudar y á negar; no son ejemplos de crímenes enaltecidos, y de virtudes menospreciadas por oscuras y modestas; no son escenas en que aparezcan los lazos de familia relajados, el matrimonio descrito como tiranía insoportable, la autoridad paterna menospreciada, justificadas las aberraciones mas tristes, y convertido el amor impuro, el amor-sensacion, el amor nervioso en una especie de Jordan que lava todas las faltas, en un dios que redime de todas las culpas. Las escuelas enemigas de la autoridad, el filosofismo destructor y el escepticismo audaz se han apoderado de la novela francesa, é inoculan en Europa, por este medio al parecer inocente, el veneno mas activo, el veneno que entra en las casas bajo el amparo de los hijos inexpertos, de las hijas cándidas y de las esposas desprevenidas; veneno dulce porque viene envuelto con una historia interesante escrita con seductor colorido, pero veneno terrible cuyos estragos forman gran parte de una estadística espantosa: la estadística de los divorcios, de los suicidios y de la prostitucion.

¡Triste destino el de los genios que se emplean en este servicio de Satanás! Un puñado de oro, un aplauso que se pierde prontamente en la gritería de los dolores humanos: hé aquí el precio que reciben ciertos novelistas de este siglo á cambio de tantas lágrimas en las familias, de tanta afliccion en los individuos, de tanto pudor ajado, de tanta inocencia corrompida. La malevolencia ha hecho que las corrientes del buen gusto alteren su direccion; ya no recrean á los espíritus aquellas narraciones sencillas de casos verosími-

les en que, hermanándose lo útil con lo agradable, la enseñanza con el deleite, se cumplian los mas altos y provechosos fines del arte: ya no satisfacen á la sencilla muchedumbre las descripciones tranquilas, los episodios honestos, las inocentes ficciones en que ora el autor pide á la vida del campo sus mas interesantes escenas; ora busca en las costumbres de la presente ó de pasadas épocas, tipos de virtud y de honradez para ensalzarlos, tipos del vicio ó del extravío para enseñar á que no se los imite; los amores castos que no producen tempestades en el alma, los amores que no pasan por el corazon como una lengua de fuego, no son amores á la moda, no son elemento á propósito para novelas de *palpitante* interes y de éxito seguro.

«Puesto que el principal intento de semejantes libros, dice el inmortal autor de Don Quijote, sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirlo, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que se ve, ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno.»

Parecen escritas para hoy estas palabras dirigidas contra los libros de caballerías. La desaforada pasion á estas lecturas fué causa de que en el siglo XVI se malograran muchos ingenios: la lectura inmoderada de novelas en el siglo XIX es causa de que se perturben muchas inteligencias y de que se dañen muchos corazones. Aquel mal tuvo un Cervantes: ¿quién será el Cervantes que corte los estragos del mal presente?

Decimos de la novela lo que ántes hemos dicho de la poesía: no negamos en absoluto; no condenamos en absoluto: hay notables excepciones en todos los pueblos; las hay notabilísimas en nuestra patria. Y es incalculable el bien que hacen; porque en épocas de frivolidad como la actual, las obras de entretenimiento alcanzan inmensa boga y ejercen grande influencia: si, pues, esas obras de entretenimiento, vaciadas en molde católico, van llenas de ideas sanas y nobles, de máximas generosas y consoladoras, de enseñanzas útiles y de trascendencia en la vida y en la sociedad; y si á todo esto se añaden los atractivos que presta una imaginacion rica y lozana, atractivos que igualen ó superen en el encanto de la forma á las satánicas inspiraciones de los novelistas ateos, la humanidad será deudora á los novelistas creyentes de un beneficio inmenso; los considerará como ilustres mensajeros del bien y los coronará con corona inmortal de bendiciones y de amor.

IV

Pasemos de la novela al teatro: el espectáculo que á nuestros ojos aparece, no es en verdad mas agradable. Reflejo de las costumbres, compendio vivo y animado de las sociedades, maestro de la multitud, pudiera el teatro realizar grandes fines, y los ha realizado en efecto. Pero bien se comprende que las sociedades en que no reciben el debido culto los sentimientos mas nobles, las sociedades dominadas por afectos y deseos que tienen su satisfaccion y cumplimiento en el mundo de la materia, no pueden inspirar obras dramáticas de incontestable importancia, aquellas obras dramáticas en que partiendo el poeta de un fondo de verdad logra desenvolver una accion con personajes fingidos, pero fingidos á imágen y semejanza de los reales; y por medios no extravagantes, sino naturales y propios de la vida; y para fines, no de perversion y maldad, sino de útil enseñanza y de consolador ejemplo. Quizá no hay nacion alguna que pueda competir con la española en la riqueza de los elementos dramáticos, y en las obras maestras fundadas sobre tales elementos. El teatro español ha dado que

admirar y que imitar á todos los teatros de Europa: en los inmortales poemas de D. Pedro Calderon meditan los filósofos mas profundos y los críticos mas perspicaces. Lope, Rojas, Tirso, Moreto y Alarcon han llegado á nosotros, y pasarán á la posteridad como los pintores mágicos de una civilizacion y del carácter de un pueblo, grande en las hazañas de la guerra, noble y apasionado en las amorosas lides, hidalgo y pundonoroso hasta las fronteras de la exageracion. Para gloria y dicha nuestra, la sociedad de estos tiempos tambien llegará á los venideros retratada en admirables piezas teatrales, cuyos autores viven y heróicamente se esfuerzan por levantar la escena española de la postracion en que yace: ¡inútil empresa! La enfermedad no está en los poetas; está en el pueblo.

Uno de los primeros escritores dramáticos de nuestra patria, pronunciaba no há mucho en el seno de la Academia Española estas notables palabras:

«¿Qué es lo que ha sucedido en el mundo teatral, que adonde quiera que se aplican la vista y el oído, no se ven mas que desastres y lágrimas, no se oyen mas que lúgubres quejas y sollozos? Ni un solo punto se descubre entre tan varias y apartadas regiones adonde el espíritu de la Dramática pueda refugiarse y aspirar, libre del

CAPITULO XII

PROGRESO ARTÍSTICO.

I

Queremos entrar desde luego en la cuestion: un bosquejo histórico de cada una de las bellas artes, fuera muy agradable tarea, pero inconducente á nuestro propósito: queremos medir hasta donde sea posible la altura á que las bellas artes llegan en esta edad llamada de progreso.

Cuando los hombres se apartan de la verdad las ciencias decaen; y como la belleza y la verdad son hermanas que no quieren separarse, cuando los hombres se alejan de la verdad, se alejan tambien de la belleza; y cuando la idea de la belleza se debilita ó se pierde, las artes se desmayan ó perecen.

Las generaciones que no creen, no esperan; las generaciones que no creen ni esperan, no aman; y sin amor y sin esperanza y sin fe, no hay concepciones sublimes; no hay vuelos de la imagi-

nacion; no hay arte. La atmósfera del materialismo es absolutamente mortífera para el arte en todas sus manifestaciones. El arte reproduce lo que hay de mas noble, de mas elevado, de mas espiritual: cuando lo espiritual, lo elevado y noble yace bajo el peso de los intereses materiales, sometido á la ley de la ganancia, el arte pasa por un tormento horroroso. En el verdadero artista todo ha de ser abnegacion, amor íntimo á la belleza, desprendimiento de la tosca materia: y las corrientes malignas de nuestra época destruyen los sentimientos generosos, secan las fuentes de la belleza, y apartan á la juventud lozana del camino de la gloria para empujarla al camino de las riquezas, en cuyo término está la prosa de todas las miserias humanas. El artista vive en un constante movimiento de abajo arriba, de lo finito á lo infinito; y nuestro siglo se opone tenazmente á ese movimiento, y hace esfuerzos desesperados por atar á los hombres al carro de la materia triunfante, por apegarlos á la tierra con toda clase de halagos y seducciones.

Son épocas verdaderamente desastrosas para las artes aquellas en que la idea de la gloria es desconocida ó tristemente desfigurada; cuando el artista por una necesidad deplorable se convierte en industrial y comerciante, no hay que pedir obras maestras: las obras maestras se han hecho siem-

pre con el pensamiento fijo en las generaciones por venir; han sido siempre fruto espontáneo del genio, fruto sazonado al calor de la esperanza.

II

Fijémonos un momento en las Bellas Letras: ¿qué grado de esplendor alcanzan la poesía y la prosa en nuestros dias? Difícilmente registrará la historia de la imprenta una época en que mas millares de volúmenes se impriman; pero esos volúmenes ¿declaran el apogeo de las letras?

Hecha la debida excepcion de los poetas y escritores que honran la literatura contemporánea, debemos confesar que las Bellas Letras, no mas favorecidas por la suerte que las artes sus hermanas, gimen tambien en la amarga situacion de artículo de comercio, y no de los artículos mas buscados en el inmenso bazar del siglo XIX.

Es preciso convenir en que los intereses materiales no se desarrollan generalmente sino á expensas de otros intereses de órden mas elevado: cada siglo tiene sus caractéres sobresalientes; y aunque el actual parece que se distingue por la falsificacion de todos los caractéres, es indudable que su amor á las artes no está tan probado como su amor á la industria: busca los resultados prácticos, tangibles; sujeta á guarismo y á peso y á

medida todas las cosas, y con facilidad desecha aquellas que no pueden traducirse en ventaja positiva, en manantial más ó ménos poderoso de utilidad para la vida: en vez de poner la materia á servicio de las artes, pone las artes á servicio de la materia; y las artes que son altivas como soberanas, y aristocráticas, como que vienen de lo infinito y á lo infinito aspiran, sacuden el yugo de hierro, y prefieren á la esclavitud ver desde su retiro silencioso, bañado el rostro en lágrimas, la gárrula palabrería usurpando el lugar de las bellas letras; la línea recta reemplazando los gallardos adornos de la arquitectura; el molde anulando al escultor; el aparato fotográfico señoreando en los antiguos estados de la pintura. Las artes son hoy reinas destronadas por la insaciable tiranía de la máquina.

Verdad es que no hay máquina para escribir versos y componer novelas. Pero ¿cuál es la suerte de la novela y de la poesía?

No hablemos de poemas á la manera de la Iliada y de la Eneida: ni son posibles en las civilizaciones modernas, ni aspira hoy á poseerlos nacion alguna de Europa. En épocas de escepticismo y de ganancia material, lo maravilloso es rechazado; y adviértase que lo maravilloso cristiano es fuente inagotable de belleza donde han bebido las generaciones de poetas durante diez y nueve

siglos y beberán las de los siglos venideros. La poesía aspira á mas modestos triunfos; y sin embargo, hasta esos modestos triunfos turba el espíritu prosáico y mercantil que por lo comun domina en las sociedades presentes. La multitud de sistemas que se disputan el imperio de las inteligencias; el desconcierto moral que por todas partes se descubre; la supremacía de la fuerza que en todas las esferas se deja sentir; la subversion de todos los principios; el oscurecimiento en que yacen las ideas de amor, honor, hidalguía; la triste zozobra en que se agitan los corazones, son causas que determinan un período infeliz para la poesía, la cual, ora busca los manoseados recursos del mundo antiguo, ora se afana inútilmente por expresar afectos que el alma no atesora, y fingidas emociones que el corazon no experimenta; ya por último se convierte en frio entretenimiento y en ejercicio trivial. Excluyamos siempre de este cuadro desconsolador la noble figura de los poetas verdaderos con que hoy se honra nuestra patria y con que se honran respectivamente otras naciones cultas: son gloriosas excepciones destinadas á proclamar la grandeza del arte, contra el cual es impotente el cálculo; y la inmortalidad del genio, que siempre flota sobre las inundaciones del error.

III

¿Qué dirémos de la novela? Pensadores insignes, filósofos profundos han levantado su voz contra el funesto extravío de los ingenios; funesto extravío que no cae solo bajo la jurisdiccion de la ciencia literaria, sino bajo la jurisdiccion de las ciencias morales y políticas.

Así como en la infancia de la humanidad toda carne habia perdido su camino y el monstruo del pecado cubria al mundo bajo sus alas, y se abrieron los manantiales de la tierra, y se rasgaron las cataratas del cielo, y un diluvio de aguas inundó el espacio; así en la edad presente que llaman edad viril de la humanidad, el buen gusto ha perdido su camino, el genio de la extravagancia y del absurdo gravita sobre la desmayada literatura, y se abren los manantiales del error y se rasgan las cataratas de la fantasía, y un diluvio de novelas inunda y devasta las regiones del pensamiento.

La sociedad actual contaminada por los dejos materialistas de una revolucion que declaró guerra á Dios y á los hombres, que buscó la nivelacion de los ciudadanos cortando las cabezas que sobresalian, está enferma, ó por lo ménos se agi-